der, en manos de un desconocido, hizo vacilar á muchos que estaban dispuestos á pedir asiento para el viaje anunciado.

En cuanto á los pormenores de instalacion, se consideraron generalmente cómodos y bien entendidos. El piso, muy bien alfombrado, se componia de un metal que parecia hierro, lo que daba al aparato un peso considerable y le mantenia perfectamente equilibrado. Tambien eran de metal las barras de suspension, en número de doce, y en cada extremo terminaban en argollas que se introducian en otras fijas en los bordes de los dos pisos. Grandes y tupidas telas, con agujeros guarnecidos de cristales, podian envolver todo el aparato y convertirlo en una tienda impermeable, con independencia de las cortinas elegantemente pintadas que cada pasajero tenia á su disposicion para resguardarse del sol. Los sillones, girando sobre eges, podian trasformarse en verdaderas camas.

Los cañones se habian quitado de las cureñas, y éstas eran análogas á las de los cañones de marina. Notóse que no habia solamente dos cureñas sino seis, cuatro en la proa y dos en la popa.

IX.

LA PRUEBA DECISIVA.

La primera persona que soltó sus 1,200 francos, pidiendo asiento, pertenecia al bello sexo. El sexo no estaba previsto. La viajera pertenecia á la alta sociedad, y se habia hecho célebre por sus extravagancias, por la exageracion de su tocado, por sus trajes de colores chillones, por sus maneras demasiado libres y desenvueltas y por su lenguaje salpicado de palabras no muy escogidas, que hasta impropias hubieran sido de la gente de medio pelo, pero todo sin consecuencias. De buen fondo y no destituida de talento, se le aceptaba tal como era, y formaba escuela. No eran pocas las que querian imitarla. A la mañana siguiente el administrador tuvo que recibir la solicitud y el dinero de sesenta elegantes, más ó

ménos autorizadas por sus maridos. El administrador las manifestó que habia consultado al navegante aéreo, cuya respuesta esperaba. Al mismo tiempo afluian peticiones de todos los *sportemen* miembros de club y sociedades jóvenes que en el mundo elegante llevaban ó tenian la pretension de llevar la batuta. El ejemplo femenino fué de mucha importancia. Los de la juventud dorada se hubieran creido deshonrados, ó hubieran temido pasar por pobretones que no tenian 1,200 francos, ó por cobardes que temian romperse la crisma, si no hubieran hecho como todo el mundo. Muchos extranjeros tomaron billete. Habiéndose ya puesto en camino, que era lo principal, no era justo que no procurasen sacar de su viaje el mayor partido posible. Muy pronto no hubo una sola persona que pudiendo disponer de 1,200 francos, no quisiera correr la aventura. En el cuartel latino y en los talleres hubo la idea de formar grupos de cincuenta, ciento y hasta quinientos individuos, contribuyendo cada uno con una corta cantidad para suscribirse en nombre del grupo, y sortear el billete en el caso de obtenerlo. El primer dia, la administracion no recibió más que 80.000 francos. En el segundo recibió 900,0000 y la progresion fué aumentando en todos los dias sucesivos. Cuando se cerró la suscricion, una suma total de

65.308,800 francos, entregados por 54,484 suscritores, se hallaba depositada en la caja de las consignaciones, que el gobierno designó con bastante condescendencia.

Esta condescendencia no resultaba precisamente de una simpatía ciega favorable á la invencion y al inventor desconocido, sin ninguna segunda intencion. El gobierno no se habia dado aun exacta cuenta de todas las consecuencias que podia producir tan trascendental descubrimiento. Sin duda hubiera querido apoderarse de él, pero no sabia cómo salir airoso de su empeño. El peor de los medios hubiera sido una hostilidad más ó ménos abierta, con la cual se hubiera espuesto á que el inventor desapareciese de la noche á la mañana, y pusiese á disposicion de los extranjeros su talento y su secreto, ó á que tal vez se sirviese de éste para fomentar móvimientos revolucionarios, ó á que tal vez, pues se ignoraba de lo que era capaz, organizase una partida de filibusteros y de piratas aéreos con que hubiera puesto en jaque todas las fuerzas que la organizacion social hubiera podido oponerle. Importaba, pues, no precipitarse, antes de conocerle, á tratarle, como enemigo. Gran cosa hubiera sido saber de qué pié cojeaba el inventor, ¿pero cómo? Se acarició la idea de reanudar la informacion que se habia

abierto con motivo de la distribucion nocturna, pudiéndose añadir para justificarla un nuevo cargo á los anteriores, cual era la detencion de armas y municiones de guerra denunciada por los cañonazos que habian acompañado las evoluciones del buque aéreo.

Tambien podia el gobierno sacar partido de los artículos firmados simplemente con la calificacion de *el navegante aéreo*, que habia insertado *El Universal*, y perseguirlos por contravencion á la ley de las firmas. Pero volviendo á la informacion, el gobierno hubiera ejercido un acto de verdadera hostilidad, expuesto á ser muy mal acogido. El primer interrogatorio del redactor principal ó del administrador de *El Universal* podia convertir al navegante aéreo en un enemigo declarado. Además, era probable que la informacion no condujera á nada, porque se habian al parecer tomado las debidas precauciones, y todo inducia á creer que los hombres de *El Uniiversal* eran sinceros cuando declaraban que no sabian una palabra acerca de la individualidad de su corresponsal misterioso. Procurar apoderarse de su persona por medio de una emboscada, cuando iba por la noche á tomar ó dejar sus comunicaciones escritas en lo alto de una chimenea, era materialmente imposible y moralmente odioso. Lo único que pareció practicabl

fué ordenar que por los más sagaces esbirros y agentes de policía se practicasen asíduas pesquisas, y entre tanto no poner mala cara al descubridor hasta nueva órden. El navegante aéreo seguia al parecer un plan cuidadosamente meditado. Lo poco que habia dicho acerca de su propósito de que de su descubrimiento se aprovechase principalmente Francia, y acerca tambien del sentimiento de deferencia que le habia inducido á reservar asientos á la autoridad y á las sociedades sábias, no anunciaba ninguna actitud hostil, si bien el gobierno se sentia herido en su amor propio por haberse prescindido de él, sin haber solicitado directamente su poderoso apoyo y alta benevolencia. Se tomó definitivamente la resolucion de seguir esperando, hasta que nuevas circunstancias diesen algunos indicios acerca del mejor partido que podia tomarse. Era posible que el viaje anunciado derramase alguna luz, y convenia aprovechar la ocasión.

Adoptada esta resolucion, se aceptaron los acontecimientos, si no sin repugnancia, al ménos con una buena voluntad aparente. Se tuvo la galantería de poner á disposicion de las corporaciones sábias el precio de los asientos que les estaban reservados. Habiéndose ofrecido todos los ministros á emprender el viaje, fueron designados el de

Obras públicas, el de la Guerra en su cualidad de mariscal de Francia, y el de Marina como almirante. Se organizó una pequeña banda militar que se compuso de doce músicos, la más ruidosa y la mejor posible, que ensayó trozos de música de carácter de triunfo. *El Moniteur* publicó una nota que dió á conocer estas disposiciones. La misma nota anunciaba que el gobierno pagaria los gastos, en las localidades en que la municipalidad no se brindase á sufragarlos, de una comida ofrecida á todos los viajeros al llegar á las ciudades indicadas como estaciones, de su alojamiento durante la noche y de su almuerzo al dia siguiente.

Pero no fueron simples comidas lo que organizaron las municipalidades, sino verdaderas fiestas. Banquetes ofrecidos al navegante aéreo, á sus compañeros de viaje y á las principales notabilidades de cada ciudad, en seguida bailes, iluminaciones, fuegos artificiales, hospedaje espléndido á los viajeros, nada se omitia en los programas. *El Universal* publicó un artículo en que el navegante aéreo declinaba los honores que se le ofrecian, dando por ellos las más expresivas gracias. Creeria faltar á todos los respetos presentándose enmascarado en los banquetes y fiestas. Pero importaba mucho á la libertad de sus actos, al porvenir de su descubrimiento y á su país, que

debia ser el primero que de él se aprovechase, guardar un riguroso incógnito hasta haber combinado, de acuerdo con el gobierno, importantes medidas. Creia, además, no exponerse á que sus compañeros de viaje desaprobasen su conducta, aceptando los agasajos en su nombre, y preferia mil veces á los brindis de que su persona habia de ser objeto, los que se hicieran por el porvenir de su invencion y la prosperidad de Francia, que encontraria en su descubrimiento un nuevo manantial de prosperidad y grandeza.

En el mismo artículo, publicado el 8 de Setiembre, se escusaba de no admitir mujeres para aquel primer viaje, ¡al devolverles su dinero con gran sentimiento de todas ellas. Al mismo tiempo que tributaba el debido homenaje á la intrepidez con que se habian ofrecido á tomar parte en un experimento que si bien no presentaba ningun peligro, era una provocacion á elementos desconocidos que nadie reta sin ser muy audaz, no queria exponerlas á las conmociones de un viaje tan rápido llevado á cabo por primera rez en el espacio. Queria que ántes, por las relaciones de testigos oculares, supiesen lo que era semejante travesía. Tendria mucho gusto en admitir á las señoras que le honrasen con su presencia para el viaje siguiente, que debia verificarse dentro de seis ú ocho meses

pues todo este tiempo se necesitaba para construir un buque que pudiera contener quinientos pasajeros. Este seria un viaje al extranjero y probablemente alrededor del mundo.

El 10 de Setiembre, á las nueve en punto, el buque aéreo con todos sus pasajeros se levantó lentamente por encima del cobertizo abierto del local en que habia estado expuesto á la curiosidad pública. El capitan, montado en el pequeño aparato que servia al grande de complemento, habia llegado, para enlazarlo con éste, diez minutos ántes. Al llegar á unos cincuenta metros más arriba de los tejados más altos, resonaron sucesivamente seis cañonazos. Despues navegó el buque por encima de Paris con una lentitud magestuosa, poblando los aires de armonía la música militar á que contestaban los bravos de la muchedumbre. Los pasajeros contemplaban con admiracion el espléndido espectáculo que se desplegaba bajo sus piés, extendiéndose por el horizonte dilatado. Pocos habia entre ellos que hubiesen practicado ascensiones aerostáticas. Se navegaba lentamente. La rapidez no aumentó hasta que se dirigió el buque á diversos puntos de las afueras de Paris, pero por grande que fuese, era casi insensible para los viajeros. Cuando éstos contemplaban el espacio, veian al parecer moverse lentamente los

objetos, á excepcion de los que se hallaban muy cercanos. Además, el navegante aéreo procuraba variar todo lo posible la posicion del buque para favorecer todas las observaciones. Ni un solo instante abandonó su puesto para volar aisladamente, de lo que en su interior se alegraron todos mucho, pues estando él allí se sentian más tranquilizados hasta los más intrépidos. Se sabia que el secreto no era conocido ni del conductor ni de sus dependientes. Cuando emprendió su marcha hácia Strasburgo, se elevó considerablemente. Lós viajeros experimentaron una viva sensacion de frio, y pareció que el viento se desencadenaba furioso, pero que no se adelantaba nada. El imperceptible mecimiento causado al buque por su método de suspension en la parte superior no tenia ni la más remota semejanza con el movimiento de un carruaje de muelles ó ballestas, ni con los balances de un buque en el mar, ni con la trepidacion de los wagones en los ferrocarriles. Era casi la inmovilidad de una butaca en un gabinete. Al llegar á Strasburgo, nadie sabia hacerse cargo de que se hubieran andado más de dos kilómetros por minuto.

Eran las seis en punto. Se dispararon seis cañonazos. La banda militar tocó algunas marchas durante las evoluciones que se practicaron encima de